

LAS VACACIONES

Tener quince años y viajar con tus padres no es compatible con la diversión, o eso pensaba. Cuando me sugirieron la gran idea de ir a un diminuto pueblo perdido entre montañas, la verdad, no me hizo ilusión. Sin embargo, en ese momento, ignoraba todo lo que un lugar puede esconder, todo lo que podía influir en la vida de una persona, porque al final las personas somos lugares donde queremos tener nuestro propio espacio. Un lugar por pequeño que sea puede contener un universo. Y con eso en la mente y móvil en la mano comienza el primer día de vacaciones. Trescientos kilómetros en coche escuchando música de los ochenta es un mal comienzo. Las cosas que llaman música mis padres no puedo aguantarlas. Me gustaría decir algo bonito del viaje pero lo pasé con mis cascos, móvil y mi música de verdad.

Tras casi tres horas y un descanso entre medias por fin, puse pie en tierra firme. Noté como las horas que iba a pasar en aquel pueblo se reían y burlaban de mí. Eché la vista al cielo, maldecí mi suerte. Inspiré fuerte y hondo; expiré esos pocos alientos que me quedaban. Por otra parte, mi madre, al bajar del coche, parloteaba sin parar sobre todo lo que tenía pensado que hiciéramos todos juntitos. Mi padre, prudente él, asentía con la cabeza. Ellos querían que paseáramos, nadáramos o que hablásemos unos días. Yo solo quería actualizar mi estado de Instagram y contestar los Wassap. Ellos leyeron mi pensamiento y dijeron a la vez –no hay móvil. Yo pensé que castigo como pueden ser tan crueles. Nadie en la actualidad puede vivir sin móvil, seguro que muere de hambre si no puede encargar pizzas o peor aun de aburrimiento.

Terminamos arrastrando las maletas y a pesar de que todos partimos del mismo punto del maletero del coche y a la vez, cada uno llego a un punto diferente. Yo, claro está, aprovechaba cada ínfima oportunidad para huir de su vista y encender el móvil para darle un vistazo al grupo de las chicas que esa tarde iban al cine. Me desvié buscando colocarme detrás de unos árboles. Mis padres batallaban el dónde ir primero, si a la casa del guarda o al subir una cuesta y llegar a la casa rural que habían alquilado-Por internet- estuve a punto de gritarles. Como siempre, mi madre defendía ir a la casita del guarda y recoger las llaves, era cuesta abajo. En cambio, las ideas de mi padre chocaban con las de ella, argumentaba que subir con las maletas y dejarlas en la casa que allí estaría el guarda con las llaves. Mi padre saco el móvil del bolsillo y en plis lo tenia pegado en la oreja. –No lo cogen-dijo.

–Sin móvil- casi grito.

Las cosas del “sin móvil “ parecían que iban a mi favor.

Empecé buscando señal de Wi-Fi y acabé enredada entre los fantasmas del lugar que se aburrían como ostras porque no salía una red disponible. Nada cero ¿ pero en que lugar estábamos? ¿mis padres habrían alquilado una choza en vez de una casa?. Un callejón estrecho y largo llevaba mi imaginación a una sensación de soledad y aburrimiento del no hay Wi-Fi. Por la cuesta se acercaba un viejo. –Muy viejo- me pareció.

Saludo con unos buenos días en lugar de decirnos donde había señal

. Papá dijo que lo había llamado, y el anciano dijo que no lo había oído. Yo estaba entrando en pánico. Cada uno cogía su trolley y tiraba dirección a la cuesta arriba. –Tal vez si ascendemos el satélite estará más cerca y las rayitas aparecerán. No aparta la vista del signo de señal. Ya si estaba aterrorizada. Sin embargo, me atreví a protestar, todo por el bien de tener conexión a la red. Di mi primera queja – puf una cuesta –

AL primer paso recibí una paliza del aire, una ráfaga feroz de viento, de los que te despeinan y te hacen entrecerrar los ojos, para después abrirlos con más fuerza y pensar que aquello era un desierto con árboles. Una hilera de árboles majestuosos, tan grandes como provocadores, uno tras otro, aunque separados seguro que impedían la conexión. Lo siguiente fue entrar en la casa, tenía televisión pero había un cartel que decía “ No funciona”. A ellos no parecía importarles pero yo estaba de los nervios. Mientras, dejábamos las maletas miraba a la derecha, y la izquierda. No todo estaba volviéndose borroso. Me tumbé en el sofá con ganas de que la tierra me tragase. Estaba en un desfile de gigantes verdes, al lado de una gran sierra y que para buscar al vecino más próximo tenías que gritar. Volvimos al coche para ir a un pueblo a comer y comprar en el super. Aproveche la ocasión para contestar a unos amigos y decirles que estaba en un sitio horripilante. –Creo que mis padres me han hecho el líooo – les dije.

En el restaurante demostré mi enfado sin comer nada solo me tome una Coca-cola, esos sé que estaban tramando algo. En mi wasapp no paraba de entrar caritas llorando, hasta que se cortó cuando nos alejamos del restaurante. Volvíamos a un lugar remoto donde se acabaría el mundo. La primera noche fue horrible, no tenía nada más que hacer que aburrirme. Vi luces a unos cien metros entre los arboles de otra casa que no me vi al llegar. Tuve que mirar al cielo y ver estrellas mientras que mis padres sentados en una especie de porche charlaban, pero yo estaba muy enfadada y decidí mirar al cielo. Tengo que recocer que en algunos lugares el cielo tiene más estrellas y que aquella sierra había muchas. El no tener fin es las los hacía más interesantes, y, sin darme cuenta estaba zambullida en las cosas del universo.

Nos debieron escuchar porque se acercaba por la cuesta otra familia. Las farolas pensé que eran de bajo consumo y baja luminosidad porque apenas daban luz para ver los pies sobre el camino. Llegaron otros padres y detrás venia un chico. La primera impresión fue que parecía un poco tímido y tonto. Era de mi edad y por las cosas de padres a padres se empeñaron que fuésemos amigos. – Madre mía como nos íbamos a hacer amigos si no teníamos juegos, ni una triste Nintendo. – Entonces lo comprendí.

–Se llama Alonso- dijo una señora muy simpática. Miré a Alonso y sonreía por no echarme a llorar. Comprendía que aquel sitio era una lugar de conspiración de los padres para comprobar si se puede vivir sin móvil.– por supuesto que no– para qué hacer la prueba.

Pasamos unos minutos eternos de aburrimiento y de no intercambiar una palabra. Alonso saco un libro con el titulo de Marina. Comenzó a leer por las últimas páginas estaba a punto de terminarlo. Yo respiré hondo. Lo cerró y me lo ofreció como si fuese un salvavidas lo cogí. Él me sonrió en plan cómplice. –Es de Ruiz Zafón , me ha gustado –dijo

Pase dos días leyendo, olvidé el asunto de móvil y de la Wi-fi, olvide que mis padres me habían hecho una encerrona. Esa tarde fuimos al pueblo y nos encontramos con los vecinos de casa rural. Alonso se dirigía hacia mí y me preguntó, que si había resuelto el misterio y si me había gustado. Los dos caminamos hacia un pequeño parque mientras nuestros padres se sentaban en la terraza de un bar. Nos dieron las tantas charlando de la novela, y no me acorde para nada del teléfono. En ese parque había arboles grandes, un invernadero de cristal, unas montañas y no muy lejos estaba el mar. Nos reíamos y lo pasamos muy bien. Quería coger el móvil y hacernos una foto para el Instagram pero estaba sin batería. Alonso me dijo que él hacía días que ni lo llevaba y que si quería me prestaba otro libro.

Alicia Anaya Quesada